

aquel mozo habia hecho, llamándolo lo adoptó por su nepote: le dió luego un gran palacio riquísima-mente alhajado; le aumentó de tantas posesiones, que en breve se vió al doble mas rico de lo que hubiera quedado con su herencia, y mas honrado, en que vivió gozando su vida y su hacienda con muy santas costumbres. Así cuida María Santísima de sus pupilos. Así atiende Dios á los hijos de los limosneros. Pues, ¡oh, María! en tus manos, Señora, hemos de poner nuestras limosnas para que en ellas, doblando su valor, de la esterilidad de los tiempos saquemos el fruto de inmenso logro en las eternidades de la gloria.

SEXTO MANDAMIENTO.

NO FORNICAAÁS: NO DESEARÁS LA MUGER DE TU PRÓJIMO.

PLATICA XLII.

DE LA ABOMINABLE FEALDAD DE LA LUJURIA, Y LOS DAÑOS Y PELIGROS GRAVÍSIMOS
DE LOS MALOS PENSAMIENTOS Y DESEOS TORPES.

A 3 de Diciembre de 1691.

PARA la materia que se nos sigue, rayos eran menester por palabras, que derritiendo con su fuego la mas negra pez del infierno, que esa es la lujuria; que desterrando con su luz las mas tupidas tinieblas del abismo, que esas son la lascivia; y que desbaratando con su esplendor el mas denegrido humo que sube de las hornillas eternas, que ese levanta la deshonestidad, ni contamináran primero labios religiosos, ni pasáran á ofender oídos puros. Pero mientras no tenga esos rayos, solo por el contrario pudiera yo explicarme con una len-

gua de carbon. Sucédeme á mí en la explicacion del sexto Mandamiento que se nos sigue, lo mismo que allá le sucedió á Architas, célebre orador tarentino. (Ap. Bartholin.) Hablaba aquel en público, y al referir no se qué, se le vino forzosa una palabra menos pura. Vióse apretado; déjala de decir, hacia falta, pronunciarla juzgó, y bien, que era manchar sus labios: ¿y qué hizo? Tomó por lengua un carbon, como instrumento mas hábil para materias de fuego; y con él, no tanto escribiendo como borrando, mas lo insinuó con borrones que lo declaró con letras en lo llano de una pared. Diéronse todos por entendidos, y él salió de su empeño. Pues entended, lascivos, por vuestro carbon vuestro fuego, que borrones tan feos mejor los explica el tizne, declarando con lo mismo que borra, la mancha infame que publica. Dadme todo vuestro carbon á la mano, que entónces yo os explicaré con él cuánto es lo funesto de vuestro fuego, y yo os pintaré con negras sombras lo que así os priva de tantas luces: ó dadme á la mano siquiera el pincel de un Orgaña, pintor famoso, que para retratar la cabeza de Medusa, fué recogiendo todo lo mas feo, todo lo mas monstruoso, todo lo mas horrible que ayó en los mas fieros y asquerosos brutos; y unido todo en una cara, echaban á huir espantados cuantos la veían. Mejor empleara yo este pincel en retrataros la lujuria. Pusiérale por cabellos, enroscadas vívoras; por frente, la de una cabra; por ojos, los de un escuerzo; por orejas, las de un asno; por narices, la de una simia; por boca, la de un dragon; por dientes, los de un cocodrilo; por cuello, el de un camello; por pecho, el mas apretado de un galgo; por vientre, el de un cerdon; por manos, las de un oso; por piés, los de un caba-

llo; por cola, la de una serpiente; pusiérale de tigre las manchas, del leon, el hediondo aliento; y toda la figura de un demonio; y de hombre nada, siéndolo todo el hombre por la lujuria.

Averigua Aristóteles, por qué será la libia tan abundante en los mas fieros y horribles monstruos; (Arist. *Problem. lib. 10.*) y dá así la razon: porque siendo aquella tierra ardientísima, le falta el agua; y así concurriendo las bestias de todas especies á los pocos agujajes que hallan, de la junta se ocasiona la mezcla, y de la mezcla las horribles monstruosidades. Así, pues, sucede en los ardores infernales de la lujuria; y por eso se deben distinguir en el confesonario, expresando el estado del cómplice, los horribles monstruos que resultan. Porque si es casado, es adulterio; si pariente, incesto; si con voto de castidad, sacrilegio; si uno con otro hombre, sodomía; si con un bruto, bestialidad. ¡Oh, qué de monstruos! Basta, basta, que dejando todo eso para el confesonario, con discrecion nos llama el Catecismo: *Sobre el sexto Mandamiento os pregunto: ¿quién es el que le guarda enteramente?* R. *El que es casto en palabras, obras y pensamientos.* Parece que con esto no explica nada: pues lo dice todo. Mirad: lenguas son del cielo y predicadores las estrellas; y aunque no le destierran al mundo en la noche sus tinieblas, harto le dicen cuando calladamente le muestran el cielo tan puro, tan resplandeciente, tan hermoso, tan agraciado, mientras el mundo está envuelto en sus negras tinieblas, en sus horrores tristes; pues con mostrar aquel esplendor puro, harto explican de estas tinieblas. El que es casto en palabras, obras y pensamientos, ese es un cielo hermoso para Dios; y el que ni en palabras, ni en obras, ni en pensamientos, es casto,

ese es una noche triste, en que se pasean todas las infernales bestias: *In ipsa pertransibunt omnes bestiae sylvae.* Pues no le pidais mas al Catecismo, que harto dice. Pero ya en los pensamientos, por mas ocasionados á en engaño, se detiene un poco mas, y yo me explicaré mas despacio. *¿Peca en los malos pensamientos quien procura desecharlos?* R. *Antes merece, si con eso quita las ocasiones.* *¿Pues quién es el que peca en los malos pensamientos?* R. *Quien propone cumplirlos, ó de su voluntad se deleita en ellos.*

Andan entre nosotros en humanos cuerpos algunas almas tan de bestias, que revolcándose continuamente en el mas hediondo cieno, ni aun sienten ni conocen su mal olor. Quiero decir, que están en un error tan perverso, como persuadirse que mientras no ponen por obra la torpeza, mientras no llega á ejecucion el pecado, que no pecan con los pensamientos, con los deseos, con los intentos, y aun con las exteriores diligencias. ¡Oh, almas desventuradas! Tienen dentro de su corazon el teatro en que todo el dia y la noche, están con pensamientos revolviendó infames deleites. Arden en deseos, piensan trazas, buscan ocasiones, ván á la calle ó á la casa; y porque no se siguió el efecto, les parece que no han caído en pecado; y prosiguen, y ni aun lo confiesan. Entre estas podemos contar unas doncellas en el cuerpo, y en el alma peores que ramerás, que condenándose por amancebadas con las que ellas llaman devociones, cometiendó en ellas gravísimos pecados mortales: Tengo, dicen, una devocion, pero es por bien. ¿Por bien? ¿Y los pensamientos? ¿y los deseos? ¿y las palabras? ¿y los papeles? ¿y aun las acciones? ¡Oh, almas desdichadas! ¡Oh, almas de jumentos! Si

le habeis dado al demonio el corazon, ¿qué mas quereis para estar muertas?

Hay una especie de gavilanes, dice Olao Magno, que en haciendo presa de algun miserable pajarillo le comen solo, ó el corazon ó la cabeza, y lo demas lo tiran. Y pregunto: ¿porque le dejen todo el cuerpo entero, queda vivo el pájaro, habiéndole sacado el corazon? Pues si hace contigo esto mismo el demonio, solo con un deseo torpe, solo con un pensamiento consentido, ¿que se le dá al enemigo que no lo pongas por obra, si ya eres suyo? No se ha mostrado el vivorezno, escondido está dentro de las entrañas de la madre; pero desde allí dentro le roe las entrañas, la despedaza y la mata, haciendo reventar á la misma que le dió el sér. Pues fiate tú, alma engañada, en que esa vivora de ese tu pensamiento consentido, no ha salido á la obra, ó que él solo no basta para quitarte la vida del alma: *Qui viderit mulierem ad concupiscendum eam,* nos dice Nuestro Redentor, *jam mactatus est eam in corde suo.* (Mat. 5.) Basta un mirar, si el deseo se le junta, para que el alma se condene. En un abrir y cerrar de ojos, fragua un pensamiento consentido la muerte del alma: que si con el arrepentimiento y la confesion no se lava el pensamiento de un instante, se pagará con un tormento eterno. ¿Qué pensais que hizo de tantos Angeles tantos demonios? Un solo pensamiento consentido. Ese fué su pecado; y por un pensamiento será eterna su fealdad de demonios.

¿Pero qué es consentir un pensamiento? Que unas almas de escrupulosas les parece que todos los pensamientos los consienten; y otras de rematadas, ninguno les parece que consienten. Lo primero suele ser terrible tormento de un buen espí-

ritu. Lo segundo, es lastimosa condenacion de muchas almas. Pues entendamos esto; y suponed que la voluntad, como la señora y la que manda, es la que hace, ó que nuestras obras sean meritorias, ó que sean culpas: *Voluntas est qua peccatur, et recte vivitur.* Dice el grande Agustino: (*L. 1. Retr. c. 9.*) Huye el capitan en la batalla; ¡oh, que no es sino su caballo el que corre! Así es; pero como el ginete es quien lo gobierna, al ginete se le atribuye lo vergonzoso de su fuga. Es, pues, el apetito el caballo en que vá la voluntad; pero si ella es la que lo lleva, ella es quien hace la culpa: *Voluntas est qua peccatur.* Ahora pues, explico qué es consentir un pensamiento, con el ejemplo que lo explica San Agustin. (*L. 1. de Ser. Domini in monte c. 12.*)

Para nuestra universal ruina, tres intervinieron en el paraíso. La serpiente, Eva y Adan. La serpiente, que propone la desobediencia á comer de aquel árbol; Eva, que mirando su fruta le pareció bien, y se la propone á Adan; y Adan, que conociendo bien su obligacion, con todo eso se deja llevar de su apetito, y nos pierde. Pero si Adan no hubiera consentido, aunque á Eva le hubiera parecido bien la fruta, no hubiera logrado el demonio nuestra ruina.

Ahora, pues, esto mismo pasa en cada uno: viene la representacion torpe, esa es la sujestion del demonio, esa es la serpiente que propone; el apetito ve y le agrada aquello que se le presenta, y al punto se lo propone á la voluntad: este apetito es Eva. Aquí es el punto; porque, ó la voluntad entónces advirtiéndole el entendimiento lo malo; (que si no lo advierte, si está del todo divertida, como sucede no pocas veces, sin reparar en la malicia

por mas que se tenga, no hay culpa) ¡pero si lo advierte, ó abraza la voluntad lo que le propone el apetito, ó no lo abraza, sino que al punto lo sacude, lo aparta y lo desecha? Quiero decir, ó se detiene holgándose de pensarlo, (que esa se llama delectacion morosa, y ya desde esta empieza á ser pecado mortal) ó pasa á desecharlo, ó á proponer de ejecutarlo, y es pecado mortal como quiera que sea: ¡ó no, sino que al punto lo sacude? Y así aunque le dure esa fea representacion un dia entero, ó un año, si siempre la voluntad está repugnándole, está tan lejos de haber culpa, que antes está mereciendo mucha gloria. ¡Oh, qué batalla! ¡oh, qué lucha, en que complaciéndose Dios, se acrisola el alma!

¡Oh, almas puras! Aliento, que en esa batalla está vuestra corona: ese ha sido el crisol en que ha refinado Dios el oro de los merecimientos en las almas mas queridas suyas. Por ahí fueron las Catinas, las Gertrudis, las Rosas.—¡Oh, que son éstas representaciones inmundísimas!—De ellas mismas resistiéndolas saldreis mas puras. ¿No habeis visto el vaso de plata todo de la cernada cubierto y tan inmundo? Pues eso es para que quede mas resplandeciente y hermoso.—¡Oh, qué son muy violentas!—Hareis resistiéndolas el viage, sirviendoos como buen piloto del contrario viento.—¡Oh, que son muy pegajosos estos pensamientos!—Serán para labraros con mil primores. Mirad la fuente, ó vernegal de plata, que todo lo asienta sobre la negra pez el platero; ¡y para qué? Para que á los golpes del buril reciba las labores y las ordenanzas con que luego en el aparador se lleva los ojos.—¡Oh, que son muy continuas esas sujestiones!—Corred, corred con la voluntad huyéndolas, que el

río Tanais por mas nieve que le caiga, nunca se congela, porque corre tan veloz, que no dá lugar á que se aprisionen sus aguas.—¡Oh, que son molestísimas estas tentaciones!—Así padeciéndolas, le decia al Señor Santa Brígida; y respondióle su Magstad: Justicia es hija, que como tú te deleitabas antes en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así te sean ahora molestos y penosos esos pensamientos contra la tuya. (Blosius *in Monil. c. 4.*) Ya pues, alma, recurre á Dios con mas fervor, desconfía de tí con mas humildad, huye con mas cuidado los peligros, ármate con mas prevencion contra las ocasiones, y gózate con Dios que te dá el triunfo, que el durarte esos pensamientos, por mas que duren, si la voluntad no los abraza, no es eso consentirlos.

Pero al contrario: entendedme almas rudas, almas perdidas: niños, entendedme, que un instante solo basta para consentir un pensamiento, un instante. Que el llamarse delectacion morosa, os explica Santo Tomás, no es porque para ella sea menester tardanza de tiempo: *Non ex mora temporis*, (D. Thom. 1. 2. q. 74. art. 6. ad 3.) sino porque la voluntad, debiéndola sacudir al punto, se detiene en ella gustosa, aunque sea por un brevísimo rato. Pero ¡oh, qué serenidad tan infame la que tiene la ignorancia ó la torpeza!—Padre, he tenido malos pensamientos.—¿Los consintió?—No, que no tengo intencion de ejecutarlos.—Aunque no tengais intencion, si te deleitas en ellos de tu voluntad, son pecado mortal.—No los consentí, dice otra, porque se pasaron luego.—Si el pasarse luego fué despues que tú con tu voluntad te deleitaste en él, fué pecado mortal. ¡Ah, cómo pienso que se verifica en muchos el dicho de aquel santo anciano! Pre-

gutóle uno: ¿Qué será, Padre, que yo no siento en mi alma aquellas peleas y combates de tentaciones que oigo decir que sienten otros? Y respondióle, segun lo que veía el Santo viejo: Es, porque tú eres como una grande portada de una casa grande: (yo le dijera, como una puerta de casa de vecindad, en que entra quien quiere, y sale quien quiere, sin que el otro sepa lo que pasa en su casa) así tú, tienes muy ancha la conciencia, poca guarda del corazon, poco recato y guarda de tus sentidos; y así, entren los que entrarèn, nada sientes. Triste de tí, que si tú tuvieras la puerta cerrada para los pensamientos, entonces vieras la guerra que te hacian para entrar. Si la puerta está cerrada, quien quiere entrar golpea; pero si ella está abierta, éntrase sin dár golpe. ¡Oh, desventuradas almas las que ya ni les dán golpe los mas torpes y feos pensamientos!

Alma, ¿quiéres salvarte? Pues lava tu corazon, te grita Jeremías. Lava tu corazon de la malicia: *Lava á malitia cor tuum Hierusalem ut salva fias.* (Hier. 4. v. 14.) ¿Y cuál es la malicia del corazon? Esos pensamientos en que te detienes: *Usquequo morabantur in te cogitationis noxiae?* tienen dos propiedades los malos pensamientos con que han condenado innumerables almas: *Nonnumquam*, dice el Santo Concilio de Trento, *animam gravius sariant, et periculosiora sunt iis, qua in manifesto admittuntur.* (Ses. 14. c. 5.) Hacen la mas grave herida en el alma mientras dura la vida, y son los mas peligrosos en la hora de la muerte. Mirad: para los pecados de obra, ó ya el embarazo, ó ya la dificultad, ó este ó el otro respeto, ó los dilata, ó los estorva. Pero el pensamiento ¡oh, Dios! en un instante vuela, y en un instante se consien-

te. ¿Y qué se sigue de aquí? Que una miserable alma dejándose ir, hace en un día veinte y treinta pecados mortales con los pensamientos que no pudiera hacer con la obra. Y al cabo de la semana ¿cuántos? ¿Y cuántos al cabo del mes? ¡Oh, qué monton! ¡Oh, qué monte de pecados mortales! Una pobre alma que, ó la detiene la vergüenza ó la dificultad en lo exterior, sin el menor ademán, muy sereno, muy fresco; y en lo interior ardiendo sin cesar los pensamientos; no sé qué me diga de su lastimoso estado. En la fiebre maligna, dice el Príncipe Hipócrates: *Si exteriora frigent, interiora calent cum siti, laethale.* (Lib. 4. aphor. 48.) Si estando frío lo exterior, todo el maligno fuego se esconde adentro mostrándose solo en la sed, mala señal, perversa. Así, pues, diré al desventurado que así en la sed de sus deseos torpes arde por lo interior con sus pensamientos: fiebre maligna y escondida. Como maligna mata, y como escondida queda sin remedio. No hay quien la corrija, ni hay quien lo aconseje, y él prosigue. ¿Y qué, cuándo á una alma así habituada á consentir los pensamientos se le llega la hora de la muerte? Aquí es lo mas espantoso. Sabemos por las Divinas Escrituras y dichos de los Santos, que á la hora de la muerte es cuando mas refina el demonio todas sus baterías, todas sus tentaciones. Ahora, pues, ¿con qué os tentará el demonio en aquel trance tan terrible? No á palabras malas, porque ya no podreis hablar. No á obras malas, porque ya no podreis ni moveros. Resta, pues, que toda su batería la ponga en sus pensamientos; y si estais habituados á consentirlos, ¿cómo resistireis entónces á redoblada batería con tanto mé-

nos fuerza? ¿Cómo combatireis, si jamás aprendisteis á manejar esas armas?

Refiere el Padre Cristóval de Vega de nuestra Compañía, (*Cas. Rev. d. 2. cap. 3.*) que un hombre, habiendo vivido escandalosamente amancebado, teniendo dentro de su casa la amiga, ni aun queria despedirla, cuando ya estaba para despedir el alma. Contábanle ya muy pocas horas de vida, y él aun no acertaba á apartar de sí la manceba. Así vemos que sucede, ¡oh, qué de veces! Tenia aquel buenos amigos, y lo mostraron en que casi por fuerza echaron la muger de casa, y le trajeron un confesor al ya moribundo, que ya se daba por condenado; pero el confesor hablóle con tanto espíritu y eficacia, que convencido á sus razones, brotó ya el pedernal de su corazon en lágrimas; y muy arrepentido, confesó todos sus pecados sin sosegar en sus sollozos: dióle la absolucion el confesor, y volvióse muy consolado; y mas cuando alcanzándole, le avisaron que ya era muerto: dió gracias á Dios por la buena disposicion que en él habia visto. A la mañana siguiente fuese á decir la misa por su alma. No habia nadie en la sacristía, y empezóse á revestir, esperando que viniese algun ayudante; pero al ponerse el *amito* sintió, que por detras se lo tiraron al suelo. Vuelve; no ve á nadie: prosigue, no sin susto, y á todas las vestiduras sentía que le impedía no se qué fuerza. Ya revestido, y puesto delante del cáliz, se lo arrebataban de los ojos. Aquí, lleno de horror, vuelve y no ve á nadie; y oye unos tristísimos gemidos. ¿Quién eres, preguntó, y qué quieres? Cuando poniéndosele delante una terrible sombra: ¿Qué intentas, le dijo, sacerdote de Dios?—Quiero, respondió, decir misa por un hombre que murió ano-

che.—Pues yo soy ese; no la digas, que estoy sin remedio condenado.—¿Cómo? ¿Pues no te confesaste? ¿No llorastes tus culpas?—Todo eso es verdad; pero sabe, que habiendo salido tú, y empezando ya las agonías de la muerte, me representó el demonio al pensamiento, diciendo: ¡Cómo, te olvidas de fulana! Y yo, ¡oh, nunca la hubiera conocido! Volvió á instarme: Pues está ella hecha un mar de lágrimas, ¿y tú te olvidas? ¿Y qué tengo yo, respondí, de haberla querido? ¡Oh, nunca la hubiera visto! Eso haces, me replicó, porque piensas que te mueres; ¿pero si prosigues viviendo, has de tener corazón para dejar aquella pobrecita? Yo dije á esto: Si vivo, volveré otra vez á su amistad: y al decir esto, espiré; y este solo pensamiento borró mi penitencia, y me tendrá eternamente condenado. Almas, almas de bronce sois, si no os estremeceis á este suceso. Consideraos en aquel trance, y mirad segun vuestro presente estado, si venceriais en este combate. Pues alto, á resistir para ensayarnos á vencer: echad la mano á las armas para lograr en aquel trance la victoria; que vá en un pensamiento, ó una eterna condenacion ó una eterna gloria.

PLATICA XLIII.

DE LA OCASION PRÓXIMA DE PECAR, CÓMO DEBEMOS HUIRLA, Y SUS IMPONDERABLES DAÑOS.

—
 A 21 de Diciembre de 1691.
 —

LA ocasion dicen que hace al ladron; y no sé yo por qué han de decir que al ladron solo, porque si la ocasion hace al deshonesto, si la ocasion hace al vengativo, si la ocasion hace al jugador, si la ocasion hace al maldiciente, y si la ocasion en fin, es un funesto polvorin, por donde disparan todos los tiros de sus pecados los vicios, ¿por qué solo del ladron se ha de decir que la ocasion lo hace? Ahora, yo pienso que no habla eso solo del hombre, sino del principal y mayor ladron que es el demonio. La ocasion hace al demonio ladron: hace, digo, la ocasion, y sea la que fuere, que sin que nada le cueste, se robe el demonio las almas. No pocas veces sucede que hurta el ladron, aun cuando no lleve intento de hurtar, solo porque halló la cosa á la mano. Así, pues, el demonio roba